

Punto de desviación

Angelina Muñiz-Huberman

Antes de hablar de los *Cuentos a deshora* de Arturo Souto me gustaría decir unas palabras acerca de cómo lo conocí y de lo que significó para mi carrera de escritora. Cuando estudiaba la preparatoria en la Academia Hispano-Mexicana fue mi profesor de literatura universal. El primer trabajo que pidió a sus alumnos fue escribir un cuento. Aún recuerdo el título del mío, “Desde mi ventana”, y aún recuerdo que me alentó a escribir. Me habló de sus compañeros de generación, ya escritores, y de la revista, *Segrel*, donde publicaban. Poco después, me invitó a las sesiones de lectura, donde oí por primera vez los poemas de Luis Rius, los cuentos de José de la Colina y los suyos. En ese entonces, no podía ni siquiera imaginar que años después yo formaría parte de esa misma generación de escritores: los Hispanomexicanos, como él mismo nombró. Por lo que siempre le quedé agradecida.

Paso ahora a sus *Cuentos a deshora*. Desde el título hay un llamado de atención, un título entre irónico, justificativo, fuera de tiempo, es decir, atemporal. Un libro que reúne cuentos de años atrás y otros nuevos o inéditos. Un libro esmerado, de cuidada factura, pero también un libro sorprendente, equívoco, de relatos entre la ambigüedad y la maravilla, la cotidianeidad y el asombro, la tranquilidad y lo temible, el orden y el caos. Mundos que se erigen y mundos disgregados. Ciudades, parques, descampados, mansiones, chozas, en un torbellino de inestabilidad, de desconcierto. Ambientes enrarecidos, inesperados, entre lo lumínico y lo tenebroso. Personajes en situaciones extremas en las que ellos mismos no saben cómo habrán de reaccionar. Finos cortes anatómico-sicológicos de cirujano escrutinador. Láminas expuestas bajo impávido microscopio. La vida vuelta del revés con una media sonrisa, a deshora, trasnochada.

Cuentos de tan originales no sólo fuera de tiempo, sino de espacio. En su unicidad. Inclasificables, afortu-

nadamente. Con un tranquilo desprendimiento de cualquier moda o convencionalismo. Por el placer de escribir, mejor aún, de relatar la vida que pasa y la vida deseada o expectante. Un más allá sin anhelo de comprobación. En cascada de emociones atravesadas como una mariposa por el alfiler de un coleccionista. La belleza detenida. El dolor suspendido. Un quehacer sin cuentas que rendir. Un fino humor que acentúa lo inevitable y lo inexplicable. Como si la razón y la verdad fueran conceptos desechables. Sólo la regla del fluir de la palabra-emoción.

Temas variados y variantes. Desde la nostalgia del exilio español de 1939 hasta la inmersión en paisajes mexicanos. Lugares adivinados en el campo cubano o un parque neoyorquino. Mansiones decadentes en épocas inciertas. Toques de soledad, de abandono, de derrota. Toques de terror y fantasía. Humor muchas veces.

El libro da comienzo con el cuento “El solitario acompañante” que, a manera de presentación, es un personaje típico del exilio español de 1939. Signo de la Generación Hispanomexicana así llamada por el propio Souto y en la cual se incluye. Este personaje melancólico resume en sí los rasgos del exilio que, de algún modo o de otro, tienden a aparecer. Es un personaje que desde el cuarto de azotea que habita se va desprendiendo de esposa y amigos, quedando aferrado sólo a sus recuerdos. Por ejemplo, el paisaje de España: “En España las montañas no angustian, no aprietan el ánimo como aquí, pensaba. En España las nubes no bajan a la tierra, no atardece tan temprano y no son tan dramáticas” (p.15). Adornan su miserable cuarto un arrugado mapa de su tierra, una foto dedicada de Manuel Azaña y el retrato de su ex mujer. Para colmo, su vista es la de una funeraria que le permite saber quiénes de sus amigos del exilio van muriendo e ir tachando sus nombres de una libretita. Sus recuerdos se remontan no sólo a la España perdida, sino a sus personajes, Machado, Orte-

ga y Gasset, la Generación del 98 que desfilan por su mente vívidos y acompañantes de su soledad.

Aparecen personajes inconfundibles: el poeta Emilio del que, enseguida, al leer le agregamos el apellido Prados que al fin es el nuevo difunto a quien baja a velar y agrega su imprescindible cruz en la tenebrosa libreta.

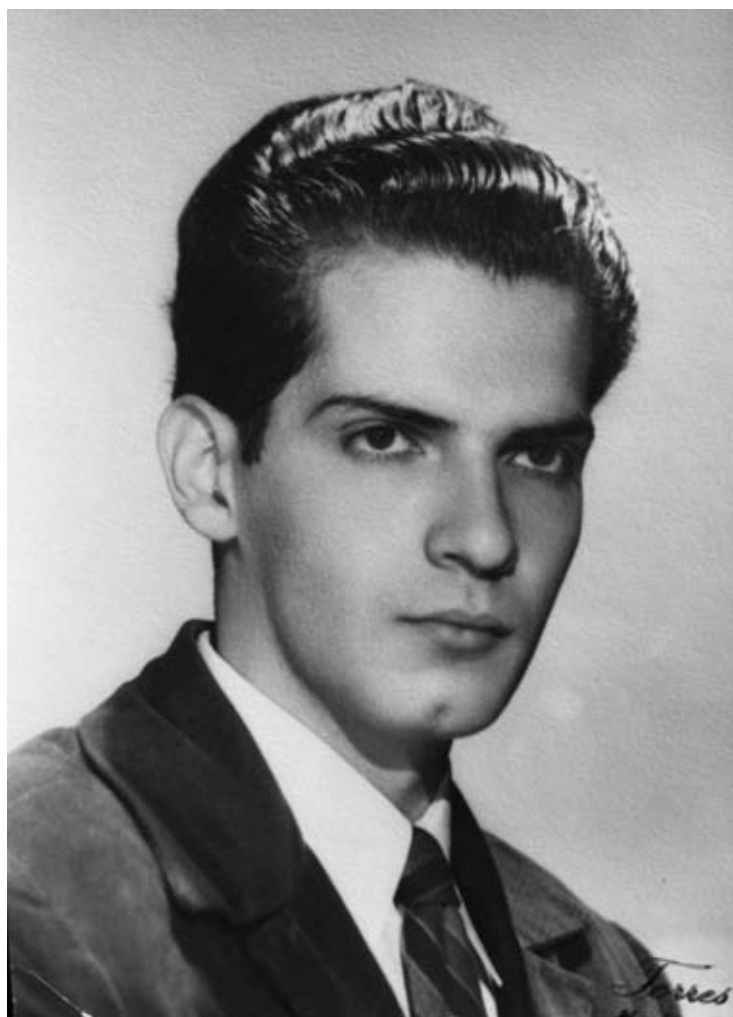
Otro cuento reminiscente de la Guerra Civil es “La mitra” que, desde la perspectiva de un niño en plena guerra, considera al portador de una mitra no un obispo, sino un ser diabólico. El siguiente cuento, “El beso en la isla del Fuego”, inaugura el ambiente de terror fantástico con un escalonado tono que aumenta de proporción angustiante para luego decaer en la cotidianidad. Erotismo y violencia no se resuelven sino en una marca de fuego en el cuello que acompañará de por vida a la mujer que nunca supo lo que pasó en la extraña mansión donde descansa un fin de semana entre cuadros de Ensor, de Turner y extraños objetos, máscaras, fetiches y hasta lo que parece una sirena disecada.

“La cruz de Nemi” es un cuento inusitado que sucede en la Italia mussoliniana con dejos de crítica ironizada sobre un viaje en tren de un niño que observa su entorno en el que aparecen balilas o jóvenes *scouts* fascistas y alborotadores. Mientras que “El candil” está situado en Luyanó, un barrio típico de las afueras de La

Habana. El negrito Nicodemo es el protagonista y la recreación del ambiente cubano con sus canciones, leyendas, supersticiones; es tan certero que dan ganas de leerlo en voz alta con acento cubano. “¡Nicodemo, no seas bobo! ¿Te asustan los pájaros!” (p. 68). En cambio, “Nunca cruces el parque ni vayas al este” está situado en Nueva York, para más señas en el Parque Central, aunque no se le nombre así y aunque la Quinta Avenida sea llamada “quinta” con minúscula. El suspenso y el retrato de la vida citadina con sus incongruencias, desatinos, enajenamientos y violencias se presentan como algo natural, según el comentario de un policía ante el cadáver tendido en el suelo que contempla el protagonista: “Así pasa siempre... Váyase, nunca vuelva. Aquí no pasa nada. Aquí acaba la ciudad. Aquí no hay nadie. Aquí no hay nada” (p. 51).

En contraste con el anterior, “Ir a Belén y volver” describe al hermano Juan como un asceta que vive en una cueva, a quien un día el obispo decide premiar con un viaje a Belén. Al regreso, el obispo lo interroga pensando que habrá sido una experiencia cuasimística y su sorpresa es que el hermano Juan asegura que ése no es el lugar donde nació Jesucristo por su lujo y boato, ya que debería ser un humilde pesebre.

Otro cuento de ambiente extranjero, “Tenebrario”, podríamos suponer que sucede en alguna ciudad puri-



Arturo Souto Alabarce





En el aula



Con Luis Rius

tana de los Estados Unidos, le sirve a Arturo Souto para hacer una mesurada e irónica crítica del contraste entre superstición y religión, sensualidad e inocencia a partir del enfrentamiento de lectura de horóscopos y citas bíblicas.

“Visto desde el fondo de un pozo” es el relato medieval de un rey que se debate entre la traición y la hipocresía de sus súbditos. Herido de muerte empiezan las acusaciones entre sí de castellanos, catalanes, franceses, navarros sobre quiénes serían los cómplices. Se relata la terrible muerte por tortura del asesino y la pesadilla final del rey en la que, desde el fondo de un pozo, ve asomarse las cabezas de todos y cada uno de sus súbditos, que no le muestran ninguna compasión, incluyendo la de la reina.

“El gran cazador” es un cuento a la manera de Horacio Quiroga, donde imaginación y realidad se confunden y los jaguares se convierten en tigres y las moscas verdes en azules. El cazador obsesionado con matar a un poderoso tigre va enloqueciendo y, en el delirio y la fiebre que lo atormenta, contempla, como última imagen, sus pies carcomidos por la gangrena y los gusanos.

Llega el turno a los dos cuentos más famosos de Arturo Souto, “Coyote 13” y “El Pinto”, ambos de ambiente mexicano. El primero narra otra obsesión por aniquilar a un enemigo, en este caso, los coyotes que amenazan al ganado. Ha logrado acabar con doce de ellos, de manera cruel, y sólo espera exterminar al número trece. La soledad y el silencio invaden al vaquero de manera exhaustiva y sólo cuando se enfrenta al Coyote 13 y podría haberlo eliminado, decide darle de beber. A partir de entonces y durante años el enfrentamiento se repite. “Y, sin embargo, el hombre no sintió nunca más aquella terrible soledad mineral en las inmensidades de la llanura. Y, para él, un enemigo sagrado, intocable, fue el Coyote 13” (p. 79).

El segundo, “El Pinto”, expone el problema de la otredad que llega a su máximo en el interior de una prisión cuando los delincuentes, atemorizados, gritan “que saquen al Pinto” y él mismo une sus voces a las de ellos. Es liberado y poco a poco va enloqueciendo hasta que decide irse a vivir a una remota playa y establecerse entre los nidos de las tortugas. Es entonces cuando decide nombrar todas las cosas y animales que le rodean con nombres que escribe en la arena cada día, en una especie de acto divino de creación y recreación de un mundo desde la nada.

“In memoriam”, ya a partir del título empieza el tono burlón tan característico de algunos de los cuentos de Arturo Souto. Ese “in memoriam” se referirá a la historia de un pobre hombre insignificante a quien su esposa engaña con un adolescente. El hombre, aunque piensa en matarlos al sorprenderlos, en su lugar le pide al muchacho que le entregue a la esposa infiel todo el dinero que trae: un billete de cinco pesos. Nadie entiende por qué hasta que el marido le exige a su mujer que lo enmarque y, a partir de entonces, durante toda su vida lo muestra a los visitantes y la mujer debe contar la historia: “in memoriam” de su adulterio.

Otras narraciones de corte fantástico-irónico son “No escondas tu cara”, con el recurso de posibles más caras tras de la propia cara sin llegar a descubrir la auténtica, y “La plaga del crisantemo”, relato emblemático, que comienza con el buenos días que dedica el anciano japonés, Matsuo, a sus amados crisantemos. Pero cuando descubre la tremenda plaga que los contagia, su vida y la del país y hasta la del mundo entero cambia radicalmente por el imparable avance de la plaga, que se extiende también a la especie animal. El planeta entero pierde los colores y se convierte en algo gris y sucio hasta la desaparición del hombre

con la única permanencia de vida, siempre en aumento, de las grises ratas.

También “Bestia del mar” continúa con el corte fantástico-irónico. Situada la narración en “el último confín de la tierra” (p. 121) un pueblo de pescadores espera la llegada de la sardina. El rey y profeta promete a su hambriento pueblo que ésta no tardará en llegar. En su lugar aparece en la playa un misterioso y milagroso artefacto, AZ-70-7-490, el cual al ser golpeado por el rey y profeta explota de manera estruendosa y borra al pueblo del mapa.

“El idiota” es otro cuento paradigmático, situado en una imaginaria época antigua. Un famoso escultor talla en la montaña una obra monumental que habrá de perdurar por los siglos de los siglos. Frente a él se relata la triste historia de un idiota que es sacado a tomar el aire atado a un árbol. El escultor y el maestro del pueblo se detienen cada día a contemplarlo piadosamente. El idiota se entretiene haciendo bolas de barro a las que marca tres incisiones: dos ojos y una boca. Pasa el tiempo, los siglos, y la extraordinaria escultura sobre la montaña y todo el derredor son derrumbados y carcomidos por el mar. Los arqueólogos descubren las ruinas y se quedan maravillados de la extraordinaria cultura artística que se mostraba en una bola de barro con apenas tres incisiones.

“El ojo de Dios” sorprende por su matiz místico. Un hombre de la Iglesia, un hereje acusado de no ver a Cristo en el prójimo, languidece en una cárcel inquisitorial. Sólo anhela ver la luz mientras reflexiona acerca de un Dios puro y perfecto. Encerrado en una mazmorra oscura piensa que camina a tientas entre cámaras, instrumentos de tortura, escalinatas y poco a poco va surgiendo algo parecido a una luz que hiere sus ojos. Sigue ascendiendo y ascendiendo, y al fin lo ilumina la luz perfecta de Dios, su esencia, y en ese momento de revelación alcanza la muerte. Ver a Dios es morir.

En contraste, “Las botas” más bien parece un relato costumbrista en torno a unas botas que se convierten en el objeto de venganza de un personaje vejado.

He dejado para el final “Los lagartos”, a mi parecer el más representativo de esta colección de cuentos, por reunir de manera magistral todos los elementos hasta ahora mencionados: interés, suspenso, horror, monstruosidad frente a belleza, humor, fantasía, realidad en un arte combinatorio imposible de mejorar. En una mansión decadente con vitrales *art nouveau* y cuadros de La Tour y Gainsborough los personajes (un niño deforme, una pareja de jóvenes que sólo piensan en bailar, un coronel, un obispo) se deslizan hacia un aniquilamiento total en el que la proliferación de unos cocodrilos invade su vida. El memorioso mundo poético de Arturo Souto evoca en expresiones e imágenes, no exentas de humor (y aquí no puedo evitar pensar en lo que se habrá divertido el autor escribiendo), frases como és-

tas: “No pasarán”, refiriéndose no al famoso lema de la Guerra Civil española, sino a los cocodrilos que se arrastran por toda la casa. O cuando el obispo “en un arranque de entusiasmo templario, cogió el crucifijo de la pared” (pp. 136-137) para espantar a los lagartos con un *Vade retro, Satanás*. O como califica a la enorme cabeza del monstruoso niño Antelmo: “titánica cabeza cerúlea” (p. 140), casi a la manera gongorina. Así, los personajes habrán de terminar siendo engullidos por los cocodrilos y en el recuento final se mencionan los objetos a ellos pertenecientes hallados en los vientres de los lagartos. Un relato con tintes cinematográficos al estilo de Buñuel y hasta de Hitchcock. O, tal vez, de las plagas bíblicas.

Si *Cuentos a deshora* son colocados en hora tenemos ante nosotros un perfecto mecanismo relojero expresado por medio de letras y palabras, alusiones y multiplicaciones de la memoria, intertextualidades y écfrasis. Ante todo, una sutil ironía irreprimible. Una muestra del exilio, si por exilio entendemos lo que no está en el centro, cuando el centro no es lo importante, sino el punto de desviación, el planeta extraviado que sobrevive en su excentricidad.

Arturo Souto Alabarce, *Cuentos a deshora*, Prólogo de José de la Colina, Boinilla Artigas Editores, México, 2012.

